



ESTE ENSAYO DE SOCIOLOGÍA de los procesos sociales contemporáneos fue publicado originalmente en 1990 y recogido por Cas Wouters en el cuarto volumen de la compilación de trabajos de Norbert Elias que editó en la imprenta de University College Dublin. Se trata de un corolario de la “investigación sociológica sobre los problemas de la vida en comunidad” que, bajo el título de *Establecidos y marginados*, fue publicada originalmente en 1965 por la editorial londinense de Frank Cass & Co. Una traducción española de este libro apareció durante el año 2016 en el Fondo de Cultura Económica. Por su valor metodológico para la comprensión de una de las características repetitivas de las sociedades humanas se ofrece este ensayo a los lectores de la *Revista de Santander* en su primera traducción castellana, debida a Marina González de Cala y Amelia Acebedo Silva.

1. Las desigualdades entre grupos y entre personas individuales son una característica recurrente de las sociedades humanas. Aún está por aclararse el por qué esto es así, pero es importante, para la comprensión de las sociedades humanas, corregir la afirmación de que algunas sociedades representan una condición de igualdad. Lo que se puede con razón esperar de muchas sociedades de la clase llamada “democrática” es una menor desigualdad o, si se quiere, una mayor igualdad que las sociedades no democráticas que la antecedieron. Pero si se transforma la perspectiva comparativa y procesual en una perspectiva absoluta y no procesual, se desvirtúa simbólicamente la realidad observable. Muchos eventos contemporáneos han demostrado hasta la saciedad que es peligroso desfigurar simbólicamente el mundo en el que vivimos, pues puede resultar en la perdición de la humanidad.

Dos grandes potencias mundiales se han amenazado mutuamente con aniquilarse, con el argumento de que la otra era una cloaca de desigualdades, explotaciones y otros muchos males de este tipo. Hemos

visto a un dictador envenenando a millones de personas en nombre de un ideal de pureza de raza totalmente ficticio, y a otro que, pretendiendo dar un “gran salto adelante”, condujo a millones de personas de su propio pueblo a una muerte sin sentido. Tal vez no se ha dicho con suficiente firmeza lo que estas, y cientos de otras experiencias de nuestra época, tienen en común. Todos estos eventos resultaron de la creencia implícita de que la acción empeñada en el interior de un medio social, por oposición con la acción que se ejercita en el seno de la naturaleza, puede basarse en ideales dictados por los deseos o los temores. Un dictador puede eliminar una sociedad entera suponiendo que él tiene el poder para recomponer arbitrariamente las piezas, sin tener el conocimiento de la estructura inherente del proceso social. Sería totalmente correcto decir que estos poderosos hombres actuaron como si hubieran tenido algunos poderes mágicos. Estaban muy seguros de que simplemente actuando de acuerdo a su deseo, o a su temor, alcanzarían su meta. Usted manda y ordena sus fuerzas para “un gran salto adelante” y espera, como resultado lógico, que el mundo real, la naturaleza y la



sociedad, convertidos en uno solo, obedezcan sus órdenes. Pero la naturaleza y la sociedad tienen sus propios caminos, que uno debe conocer, si quiere provocar su acción. Hitler, no menos que Mao, actuó como si los procesos naturales y sociales estuvieran sujetos a su mandato, de la misma manera que sus inmediatos servidores humanos. Las consecuencias fueron desastrosas. Por suerte, la humanidad se escapó de sus propios errores y los de sus líderes, sin daños irreparables. Sin embargo, hay poca conciencia de la naturaleza cuasi accidental del escape. No es impensable que un par de dictadores hitlerianos establezcan sus propios dominios en todo el mundo. Tal vez sería sabio no confiar en otro escape afortunado, y en cuanto sea posible, agudizar la conciencia respecto de las fuerzas involuntarias, casi accidentales, que están en juego en un proceso social.

El movimiento Nazi es un buen ejemplo de un tipo de relación que se puede encontrar en todo el mundo. Se constituyó por sí mismo en centro de la humanidad, como un tipo de humanidad del más elevado valor, destinado por naturaleza a gobernar a todos los otros grupos. Los judíos fueron usados como una contra representación, como la parte de la humanidad del más bajo valor. Ellos eran, en la mitología nazi, una personificación del eterno marginado, que debían, de ser posible, ser borrados de la faz de la tierra. El extremismo de la leyenda Nazi

puede impedir que percibamos la ubicuidad de las relaciones de esta clase. Todo indica que casi todos los grupos humanos tienen la tendencia a experimentar a otros grupos de seres humanos como de menor valor que el suyo propio. El grado de estigmatización puede variar considerablemente, y las actividades diseñadas para hacerle saber al grupo marginado que sus miembros son objeto del mayor desprecio pueden ser escandalosas y bárbaras, o expresiones en clave menor. Cualquiera que sea su forma, en todo el mundo las relaciones entre establecidos y marginados tienen algo en común.

Karl Marx fue el primero en descubrir que los conflictos entre los grupos y los procesos conectados con ellos, aunque muy diferentes en apariencia, pueden sin embargo compartir ciertas características estructurales básicas. El reconocimiento de que los conflictos de grupo pueden no deberse a la mala voluntad o al mal carácter de una de las partes, sino que están arraigados en las características estructurales de las sociedades, fue un gran avance en el desarrollo de la teoría sociológica. Pero Marx proclamó implícitamente que todos los conflictos de grupo eran esencialmente conflictos de clase. Se debían, esencialmente, a la habilidad de un grupo para ocultar al otro valores de uso que este otro grupo había producido, para enriquecerse a sí mismo, acumular capital a expensas de aquellos que con su esfuerzo laboral los habían producido. Este modelo de conflictos de grupos, como lo he dicho ya, significó un paso adelante en el estudio de los procesos sociales, pero la evidencia no apoya la proclama de Marx en el sentido de que los conflictos de este tipo —es decir, conflictos de clase— se encuentran en la raíz de todos los conflictos de grupo y, de manera general, que ellos constituyen las dinámicas de las sociedades humanas. Si uno mira alrededor, en el universo de los conflictos de grupos, pronto descubre suficientes conflictos que son parcial o integralmente de una clase diferente. Esto resulta muy obvio en nuestro tiempo.

Muchos aspectos de los conflictos de grupo que hoy ocupan un lugar en el centro de la atención de la gente, entraron solo marginalmente en el campo de visión de Marx. Los conflictos étnicos, los conflictos entre partidos, los conflictos entre diferentes tribus o estados de diferentes naciones, son ejemplos obvios.

Términos poco conocidos, o desconocidos en el tiempo de Marx, y que son ahora de uso general, muestran la ampliación de la experiencia humana. Las expresiones “conflictos étnicos” o “problemas raciales” pueden servir como ejemplo.

Sobre todo, es difícil hacer caber la tensión entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, o entre India y Pakistán, dentro del esquema marxista de clases, o su enfoque económico en general. Marx vivió en una época de desarrollo en el cual la mayoría de los estados estaban dirigidos por gobernantes absolutos, o por grupos de aristócratas establecidos, y la cual las teorías de la sociedad —en tanto que existieran— podían todavía limitarse a las relaciones internas de los estados.

Muchos aspectos de los conflictos de grupo que hoy ocupan un lugar en el centro de la atención de la gente, entraron solo marginalmente en el campo de visión de Marx. Los conflictos étnicos, los conflictos entre partidos, los conflictos entre diferentes tribus o estados de diferentes naciones, son ejemplos obvios. La competencia por las oportunidades económicas de poder desempeña un papel importante en la mayoría de ellos. Sin embargo, Marx presentó una visión general de las sociedades humanas según la cual todos los otros diferenciales de poder podrían ser explicados en términos de poder económico. Presentó un modelo reduccionista; hizo parecer que la relación de clase entre empleadores y trabajadores proporcionaba la clave para modelar todas las otras relaciones humanas.

El trabajo de Marx ha dejado hondas huellas en las ciencias sociales de nuestro tiempo. Pero en sus teorías trató de combinar dos funciones que son usualmente incompatibles: la función de una representación simbólica de una sociedad humana tan congruente como él podía lograr que fuera con las sociedades observables, y la función como arma en las luchas ideológicas de las clases trabajadoras contra las clases empresariales.

Como muchos otros científicos sociales de ese período, dio por sentada la compatibilidad de estas dos funciones de las teorías. Pero, de hecho, estas son usualmente incompatibles. La necesidad de omitir de nuestra representación simbólica de la sociedad todos los aspectos que van en contra de su función, como ideologías de clases, y tal vez aún inventar representaciones simbólicas de sociedades, con el fin de intensificar su valor como armas ideológicas en los conflictos de clases, con frecuencia genera una contradicción. Marx tuvo el poder intelectual de un gran y creativo descubridor científico, y al mismo tiempo una capacidad inusitada para adaptar sus descubrimientos y adecuarlos a su tarea como arma en la lucha ideológica entre clases. Pero, al adecuar sus teorías a su función como ideologías sociales, Marx sentó un precedente para las futuras generaciones de científicos sociales: una gran parte de la sociología del siglo XX fue estudiada con las controversias, explícita o implícitamente, “pro” y “anti” marxistas.

Hacia el final del siglo XX fue, muy característicamente, más la disminuida estatura de las instituciones y doctrinas marxistas en la sociedad en general, que el poder del argumento teórico en las discusiones de los eruditos, lo que hizo más ampliamente visibles los defectos en la armazón intelectual de las disminuidas creencias. Pero todo esto contribuyó poco a reducir los riesgos inherentes en una posición en la cual una distinción entre verdad e ideología ha desaparecido y la que, al mismo tiempo, ofrece la promesa de finalidad o juicio. No es fácil distinguir entre ideología social y teoría sociológica cuando las sociedades se encuentran en medio de una amarga lucha y el mar está embravecido. Hoy, sin embargo, puede parecer menos ambicioso, que en periodos de gran agitación y compromiso, tal como el de la Guerra Fría, exigir la habilidad para distinguir entre cambios de conocimiento hacia un mayor compromiso y hacia un mayor distanciamiento.

2 He presentado el caso de Winston Parva como un modelo empírico de una relación entre establecidos y marginados. Este tipo de estudio empírico tiene para los sociólogos un significado similar al de los de los experimentos para los físicos. La capacidad para ser estudiada de una comunidad limitada abre la posibilidad de detectar detalles de aspectos específicos de semejante figuración que en una figuración mayor del mismo tipo son a menudo más difíciles de comprender y establecer. Tal ejemplo puede ilustrar las regularidades y conexiones que pueden ser verificadas por una inspección más profunda de otros casos, con el fin de determinar si ellas pueden ser observadas allí, y si no, por qué no.

En los experimentos de los físicos, no obstante, se da por sentado que sus resultados también son válidos para otros casos, que el rango de su validez cubre todo el nivel físico de integración en el universo. Existe un presupuesto tácito de que lo que ocurre aquí y ahora en un experimento es la manifestación específica de una ley universal. Esto es diferente en ejemplos empíricos paradigmáticos de formaciones sociales; tales modelos sociológicos funcionan de manera propia de acuerdo con su campo de estudio, en su propio modo. Como lo indiqué en el ensayo teórico de 1976, titulado “hacia una teoría de las relaciones entre establecidos y marginados”, estas relaciones pueden ser extremadamente diferentes¹. No solo las relaciones en comunidades pequeñas, sino también aquellas entre hombres y mujeres, dentro de los partidos políticos, entre partidos políticos, o entre gobiernos y partidos, y muchas más relaciones a menudo clasificadas como “étnicas”, pue-

1 “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, Ámsterdam, marzo de 1976. En *Establecidos y marginados. Una investigación sociológica sobre problemas comunitarios*, traducción de Víctor Altamirano, México, Fondo de Cultura Económica, 2016, “Introducción”, p. 27-71.

den presentar las características de una relación establecido-marginado. Pero, a fin de percibir y distinguir entre diferentes tipos de relaciones establecido-marginado, y explicar las diferencias y similitudes de su estructura, se requieren modelos empíricos más o menos estandarizados. Por varias razones que he explicado antes, el ejemplo de Winston Parva puede perfectamente servir como tal modelo. Con su ayuda se pueden sortear mejor las similitudes y diferencias de otros casos.

Para hacer uso de estudios de caso, como modelos empíricos mejor entendidos, agrego al estudio de Winston Parva un breve estudio de otra comunidad en el que las barreras entre los diferentes subgrupos son en muchos aspectos más clara y firmemente trazadas, y donde subestimar barreras, como veremos, puede ser fatal. Mi evidencia ha sido tomada de una novela americana semiautobiográfica escrita por Harper Lee, llamada *Matar un ruiseñor*.² Esta novela, publicada en 1960, muy leída en los Estados Unidos y que recibió el premio Pulitzer, ha sido traducida a más de 25 lenguas y, de acuerdo a la nota de la cubierta de la edición de 1989, más de 30 millones de copias habían sido vendidas en ese entonces. Una película basada en la novela, interpretada por Gre-

2 Harper Lee. *To Kill a Mockingbird*, Philadelphia, J. B. Lippincott, 1960. Hay traducción española de Baldomero Porta: *Matar un ruiseñor*, Barcelona, Ediciones B, 2008. El uso de una novela como fuente de una investigación sociológica tiene desventajas tanto como ventajas. Una novela puede ser deficitaria en una o en otra dirección. La novela de Harper Lee no está libre de tales defectos. Las idealizaciones en favor de una doctrina liberal-democrática indudablemente juegan su papel en la concepción del libro, pero son fácilmente reconocibles y altamente realistas. El cuadro del relacionamiento blanco-negro en ese tiempo (la década de 1930) que es preservado en sus páginas para el estudio de gente de una época posterior, es tratado con precisión si uno está tratando de reconstruir la imagen de la gente involucrada, y una novela tiene la ventaja de preservar en algo el idioma de su época.



“Matar un ruiseñor”
llevada al cine por
Universal.

gory Peck, apareció en 1962, ganó tres óscar y es considerada un gran clásico del cine americano.

Matar un ruiseñor trata de un evento característico en una comunidad americana de los estados sureños, no como es hoy, sino como era en la época cuando las organizaciones anti negras, con nombres tales como Ku-Klux-Klan, podían encontrarse en casi todos los estados de los Estados Unidos. A primera vista, los actores humanos de este evento en los Estados Unidos son personas muy diferentes de las que participaron en el anterior estudio de campo en Winston Parva. Sin embargo, bajo un mayor escrutinio, las características de la relación establecidos-marginados en el caso de Winston Parva se manifiestan con mayor claridad si se tiene en mente el patrón establecidos-marginados que se dio en la comunidad de Alabama y viceversa. La comparación entre los dos casos mostrará sus similitudes y diferencias, y cuál fue su causa. Las diferencias son inmediatamente visibles. En la comunidad de Alabama, la gente blanca conformaba el establecimiento aun cuando eran analfabetos y pobres, y en ocasiones tal vez precisamente porque eran pobres. Sus privilegios,

como miembros del establecimiento blanco, se sostenían firme e inquebrantablemente. Con igual precisión sobresalían los símbolos de la característica inferioridad social de toda persona negra, vista individualmente o como parte de una agrupación familiar.

La narradora de la historia es una niña de ocho años, hija de un abogado de mediana edad, Atticus Finch, cuya familia había vivido en Maycomb por varias generaciones. En el hilo central de la historia, él trata de defender a un joven negro que había sido falsamente acusado de haber acosado sexualmente a una mujer blanca. Para un hombre negro, la mera sospecha de haber tenido relaciones sexuales con una mujer blanca usualmente significaba que el final de su vida estaba cerca. Esta clase de sospecha —efectivamente, nada que moralmente desacreditara a un miembro de la minoría negra ante los ojos de la mayoría blanca, el establecimiento blanco— podría movilizar las armas de fuego de las milicias blancas no oficiales y poner fin a la vida de una persona negra. El que Atticus hubiera aceptado la defensa del acusado, Tom Robinson, hizo que gente interesada temiese que pudiera ser declarado libre. Su crimen podría quedarse sin castigo.

Esta era una posibilidad que ningún hombre del establecimiento blanco podría considerar sin perder el respeto por sí mismo.

A primera vista se puede tener la impresión de que la característica distintiva de la estructura de los Estados Unidos a la cual me refero aquí había sido un problema racial antes que un problema de Estado. Me refero aquí al hecho de que el proceso de la formación del Estado americano *de facto* entregó el control de un segmento significativo de los medios de violencia a uno de los subgrupos de sus ciudadanos, y virtualmente excluyó de acceso a este control a miembros del otro subgrupo. La posesión y efectivo control de pistolas aseguran a un grupo el privilegio, la posibilidad de tomar decisiones sobre la vida o muerte de otros ciudadanos no privilegiados de esta manera. Ellos dan a un grupo privilegiado posibilidades de poder, de las que carece por completo el otro grupo. La novela puede ser vista como un estudio a pequeña escala de las consecuencias de esta básica desigualdad.

Un "Negro" ha sido acusado por una mujer blanca de haberla violado. La novela muestra la estrategia social normal de ciudadanos locales en caso semejante. En este caso el público en su mayoría tenía buenas razones para asumir que la acusación era ficticia. El acusado estaba bien defendido, y existía la posibilidad de que pudiera salir de

la Corte como un hombre libre una vez que su caso hubiera sido escuchado. Esto hubiera sido un golpe a la autoridad de los grupos blancos locales. El caso argumentado ante la Corte, la pregunta de si un Negro había o no hecho propuestas indebidas a una mujer blanca, no tenía ninguna importancia para la cuestión local en juego, para la lucha de poder en curso que este caso había desencadenado. Era la vieja lucha de poder entre los liberales y los conservadores del área. Este último grupo controlaba a los hombres locales que podían movilizar las armas de fuego en la dirección deseada. Grupos de hombres blancos locales, ideológicamente confiables, quienes poseían armas de fuego apropiadas o podían ser dotados de ellas, fueron avisados dónde y cuándo reunirse. La fuerza policial local sería enviada, con o sin su consentimiento, en la dirección contraria en una búsqueda inútil. Entonces el acusado sería liberado de su celda de prisión y rápidamente persuadido de que lo mejor que podría hacer era escapar mientras el camino estuviese expedito. Todas las huellas que él dejara apuntarían en la dirección de una fuga deliberada. En tal posición, él recibiría un disparo. Esta era una manera muy conocida de deshacerse de una persona negra que había chocado con el establecimiento.

Pero esta vez el intento fracasó. Atticus Finch, el abogado defensor, estaba preparado para esta posibilidad. Sabía que solamente un hombre blanco muy determinado podría sacar a Tom Robinson sano y salvo de las garras del establecimiento blanco. ¿Pero qué tendría que hacer Atticus para proteger a su cliente preso de los ataques de los ciudadanos que sentían que un hombre negro, sospechoso a su vista de haber roto las barreras entre negros y blancos, debía ser asesinado y sacado del camino? Él estaba totalmente seguro desde hacía algún tiempo de que Tom Robinson era inocente del crimen que se le atribuía. Fue esta convicción la que le permitió aceptar su tarea como abogado defensor de Robinson y todas las molestias

La formación del Estado americano *de facto* entregó el control de un segmento significativo de los medios de violencia a uno de los subgrupos de sus ciudadanos, y virtualmente excluyó de acceso a este control a miembros del otro subgrupo. La posesión y efectivo control de pistolas aseguran a un grupo el privilegio, la posibilidad de tomar decisiones sobre la vida o muerte de otros ciudadanos no privilegiados de esta manera.



Scout, la hija de Atticus, es agredida en la escuela.

que le ocasionaría en el seno de una comunidad dominada por los blancos. Ellos ya habían empezado a apodarlo “amante de los negros”, y sus hijos sufrían en la escuela porque su padre había roto el estrecho círculo de solidaridad de los blancos.

Un día, después de cenar, los hijos de Atticus vieron a su padre sacar el carro del garaje y salir. Eso era algo inusual en su comportamiento. Los curiosos niños lo siguieron apresuradamente. Buscaron a su padre en el centro del pueblo y lo descubrieron finalmente sentado delante de la puerta de la prisión, leyendo un periódico bajo la luz de un bombillo que colgaba de una larga extensión. Estaba solo. ¿Qué estaba haciendo allí? Los niños se acercaron lo suficiente, pero se mantuvieron discretamente ocultos.

El lector, por supuesto, no sabe en detalle lo que intentaba hacer Atticus cuando sintió crecer el peligro para su cliente negro. Tal vez planeaba interponerse en medio de Tom Robinson y sus atacantes, en caso de ser necesario. Si los hombres que esperaba intentaban usar su método acostumbrado, ellos harían parecer que el prisionero había recibido un disparo accidentalmente mientras intentaba escapar de la prisión. Nadie sabría

quien había disparado. Pero el plan solamente podría tener éxito si ninguno de los hombres blancos involucrados en esta iniciativa estuviera dispuesto a hacer una declaración comprometedora, identificando a alguno de los participantes. Todas las personas que participaron en esta iniciativa estaban plenamente preparadas para esta eventualidad. Usualmente ellos estarían en capacidad de ofrecer diversos testimonios que mostrarán que a la hora del asesinato estaban a millas de distancia de la puerta de la prisión.

Desde el lugar donde estaban ocultos, los niños vieron venir cuatro carros, los cuales se detuvieron frente a la cárcel. Los hombres que descendieron de los carros eran figuras oscuras vestidas de modo poco llamativo, en camisas de jeans y overoles. Entre ellos estaba el padre del compañero de clase de Scout, la hija de Atticus, un pobre campesino que había sido cliente de Atticus. Uno de los hombres dijo: “Usted sabe lo que nosotros queremos. Retírese de la puerta, señor Finch.” Atticus se rehusó. Tras esto, los niños desconcertaron a todos con su aparición en la escena. Scout saludó cordialmente al padre de su compañero de clase y lo involucró con toda inocencia en una animada discusión

acerca de episodios recientes en la vida de su grupo escolar, con la impaciencia de una chica inteligente. Ella se refirió a eventos de la escuela que había compartido con su hijo. Ella preguntó por el asunto relativo a una herencia en la cual Atticus lo había ayudado, y que había sido un tema de conversación en Maycomb. Tras haber sido llamado repetidamente “Señor Cunningham” en este largo interrogatorio, el caballero decidió que no podría contar ya con el anonimato requerido para su iniciativa. “Andando, muchachos”, gritó, y desapareció en la noche con sus acompañantes.

Como el primer intento para deshacerse de Tom Robinson fracasó, la justicia siguió su curso. El palacio de justicia tenía columnas. Estaba evidentemente hecho para impresionar. El juicio contra Tom Robinson se llevó a cabo en el segundo piso, en un salón grande que tenía un balcón especial para gente negra. La sala del tribunal estaba repleta y no había quedado ningún espacio en el balcón que permitiese a las personas negras ver cómo se administraba justicia en su país. Los chicos blancos podían ir allí en compañía de un adulto negro. Fue desde allí que la narradora de esta novela, la pequeña hija de Atticus, presenció por primera vez en su vida un juicio entre la vida y la muerte.

Una de las primeras personas llamada al estrado de los testigos fue Bob Ewell, el padre de la joven ofendida, un hombre presumido de mediana altura, evidentemente no bendecido con riquezas, pero inconfundiblemente blanco. Este relató cómo, durante las últimas horas de la tarde del 21 de noviembre, había regresado de un bosque cercano a su casa. A través de la puerta trasera había escuchado los gritos de su hija. De acuerdo a su relato, él se asomó a la ventana y vio a su hija de espaldas en el suelo, y a Tom Robinson sobre ella. Mientras que daba vuelta a la casa para entrar, el hombre que había visto teniendo relaciones sexuales con su hija había desaparecido por la puerta principal. Su hija tenía una herida en el lado derecho de su cara y un

moretón en el ojo del mismo lado. “¿Acaso había abofeteado a su hija cuando pudo ingresar a la casa?” Él negó enfáticamente tener el hábito de golpear a sus hijas. La defensa probó que Bob Ewell era zurdo.

Después del padre, fue la hija, Mayella Ewell, una joven blanca madura de 19 años quien compareció en el estrado de los testigos. Ella confirmó la historia relatada por su padre, y dijo que había luchado a brazo partido contra su violador, y, no obstante, “él había logrado lo que buscaba”. En este momento, Atticus mostró a su audiencia que Tom Robinson era tullido. A su pedido, Tom Robinson dio un paso hacia adelante: todo el mundo pudo ver que su brazo izquierdo era flácido e inútil.

Cuando Tom Robinson prestó el juramento, su inútil mano izquierda, de apariencia artificial, resbaló de la biblia cuando levantó la mano derecha. Atticus trató (por todos los medios) de lograr que los miembros del jurado se preguntaran cómo fue que este hombre pudo haber violado a una fuerte y joven mujer como Mayella. El mismo Tom Robinson declaró en el estrado de los testigos que él pasaba por la casa de los Ewells casi todos los días, y que era difícil negar a Miss Ewell cualquier ayuda que ella requiriera de vez en cuando. No, él nunca pensaría en tocar a una mujer blanca. En el día mencionado, ella le había pedido a él entrar para reparar una puerta, pero esta no tenía ningún daño. El continuó declarando que ella lo asaltó, lo abrazó y lo besó, tras lo cual él le rogó que lo dejara ir. En ese momento su padre había aparecido y Tom, lleno de miedo, había escapado. A la pregunta de “¿por qué estaba usted asustado?”, él respondió: “Señor Finch, si usted fuera un negro como yo, usted también se hubiera asustado”.

Bastaron tres horas para que el jurado encontrara culpable a Tom Robinson por unanimidad. Atticus Finch declaró en nombre de su cliente que apelaría la sentencia de esta corte. Poco tiempo después, apareció una breve nota en la sección Coloured News

del *Maycomb Tribune*, que decía que el prisionero Tom Robinson había sido asesinado mientras intentaba escapar de la prisión. El segundo intento de deshacerse de él había tenido más éxito que el primero.

3. Las personas de finales del siglo XX pudieron preguntarse: ¿Cómo fueron capaces de hacerlo? ¿Cómo fueron capaces de vivir con su propia conciencia después de haber matado a un hombre inocente, en nombre de la ley y de la justicia? Estas fueron exactamente la clase de preguntas que Atticus formuló, las que ellos implícitamente rechazaron al mantener a Tom Robinson en prisión y finalmente asesinándolo. Atticus Finch había deseado no haber llevado un caso como este durante su vida, pero se había visto obligado a tomarlo, según dijo, porque “¿creen ustedes que de otro modo podría yo darle la cara a mis hijos?”. Los hombres que querían muerto al inocente Tom Robinson no tenían tales escrúpulos. Ellos no lo asesinaron porque en lo más profundo de sus corazones supieran que era inocente; lo hicieron porque estaban totalmente convencidos de que era culpable. Poco les importaban los hechos. Apenas si estaban interesados en si un hombre negro en particular había tenido relaciones sexuales con una mujer blanca en particular, con o sin su consentimiento.

Esta mezcla de blanco y negro constituía tal violación del buen orden de su mundo, que cualquiera, aun cuando simplemente provocara la sospecha de haber cometido la falta, merecía castigo por ella. Si él había ejecutado el acto del cual lo acusaban tenía relativamente poca importancia para ellos. Él merecía la muerte. Ya habían tratado de asesinarlo, y habían fracasado. Si fracasaban en el segundo intento, lo intentarían una tercera vez, y una cuarta o quinta, hasta lograrlo. Su conciencia no los dejaba en paz. Nadie podía seguir viviendo en un lugar donde uno podría encontrarse con un

hombre negro que estuviera bajo sospecha de haber dormido con una mujer blanca. En palabras de la autora del libro, “Atticus había utilizado todas las herramientas de que disponían los hombres libres para salvar a Tom Robinson, pero en las cortes secretas de los corazones de los hombres carecía de argumentos.” Tom era un hombre muerto desde el momento en que Mayella Ewell abrió su boca y gritó. Dormir con mujeres blancas era uno de los más preciados privilegios de los hombres blancos. Si alguien en cualquier parte empezara a despreciar estos privilegios apreciados del establecimiento blanco, toda la estructura de los privilegios de los blancos muy pronto se derrumbaría y desmoronaría.

4. Tanto en Maycomb como en Winston Parva uno encuentra una típica relación establecido-marginado. Como tal, estas poblaciones son similares y sin embargo muy diferentes. En ambos casos, existe un núcleo de gente establecida, los habitantes de las calles principales en Winston Parva, y los de la calle residencial en Maycomb. En Maycomb, Alabama, también el poder social se relacionaba con la antigüedad de una tradición común. Como la narradora del libro recordó, había por supuesto en Maycomb un sistema de castas,

Pero en mi mente esto funcionaba así: los ciudadanos más antiguos, la generación actual de gente que había vivido lado a lado por años y años, eran totalmente predecibles el uno para el otro: daban por sentadas actitudes, leves diferencias de carácter, aún los gestos que habían sido repetidos en cada generación y refinados con el tiempo.³

3 Harper Lee. *Matar un ruiseñor*, Philadelphia, Lippincott, 1960.

Las “familias antiguas” del pueblo eran apoyadas por los granjeros, algunos de los cuales habían venido al pueblo en overol para matar a Tom Robinson. Pero los blancos extremadamente pobres también pertenecían al establecimiento, al menos en su relación con los negros marginados. Especialmente en este aspecto en Maycomb, como en Winston Parva, la riqueza tenía muy poca importancia tanto como recurso de poder como medio de legitimar la desigualdad social. Algunas de las viejas familias de Maycomb eran extremadamente pobres. La familia Ewell completaba su escaso ingreso (proveniente de un cheque de la seguridad social) cazando en el bosque cercano. Pero la pobreza no disminuía de ninguna manera el orgullo en cuanto a su linaje blanco, más bien quizá lo fortalecía. Uno de los descendientes de Ewell pertenecía al mismo grupo escolar que la hija de Atticus Finch. Ella lo describió como “el ser humano más asqueroso” que había visto. “Su cuello era gris oscuro, el dorso de sus manos era amarillenta, las uñas de las manos eran negras hasta la madre. Pero la pobreza y suciedad no hacían a la comunidad blanca de Maycomb poner en duda ni por un momento la necesidad de vengar el honor de una niña del clan del blanco Ewell si sus miembros tenían razones para pensar que había sido ofendida por un hombre negro. En Winston Parva la solidaridad de los establecidos en (en la Villa) era incondicional, como lo era la de los blancos en Maycomb.

Los Ewells pertenecían al nivel más bajo de la sociedad blanca de Maycomb,

En los Estados Unidos, una mayoría de los hombres blancos se dispersaron por todo el país, participaron sin una organización claramente determinada en cualquier cosa que emergiera, en el curso del tiempo, como el monopolio estatal de la fuerza física.

comparable con aquella de los padres de la zona tres de Winston Parva, quienes no podían evitar que sus hijos molestaran. Los Ewells estaban, en otras palabras, entre los más bajos de lo bajo. Pero ningún blanco estaba suficientemente bajo como para no movilizar los sentimientos de solidaridad de la sección de blancos de Maycomb, si las circunstancias así lo requirieran. El caso de Mayella Ewell fue una de estas circunstancias. De otro lado, los Robinson tenían un rango más bien alto dentro de la población negra de Maycomb. Tom Robinson aparentemente tenía una ocupación regular, y toda su familia asistía regularmente a la iglesia. La participación frecuente en las actividades de la iglesia o secta a la que se perteneciera era uno de los principales factores determinantes de la posición de una familia, particularmente una familia negra, en una comunidad como la de Maycomb. En términos de su respetabilidad en la iglesia, los negros Robinson estaban a un nivel más alto. Tom Robinson pertenecía a la misma iglesia negra que el cocinero de Atticus, el formidable Calpurnia, quien después de la muerte de su esposa levantó a sus hijos y mantuvo la casa en orden.

Podría decirse que los Ewells y los Robinson representaban los polos opuestos del *spectrum* social de Maycomb. Los Ewells representaban el más bajo estrato de la población blanca de Maycomb, los Robinson el estrato más alto de la población negra de Maycomb. Pero en esa época la distancia social entre negro y blanco en Maycomb era probablemente demasiado grande para que alguien que viviera allí percibiera Maycomb blanco y negro como una figuración social unificada cuyas diferentes capas pudieran ser medidas con la misma vara. Los Robinson pertenecían al sector negro de la población, los Ewells al sector blanco, y según su propia opinión probablemente a mundos diferentes.

Un hombre negro estaba en una difícil situación cuando una muchacha blanca le pedía ayuda. La podía negar, pero probablemente sabía que, con pocas excepciones,

la totalidad de la comunidad blanca de Maycomb estaría del lado de ella si a ella se le llegara a ocurrir insinuar una relación sexual entre ella y un hombre negro, o lanzara un rumor en tal sentido por los canales del chisme. ¿Qué debiera haber hecho un hombre como Tom Robinson si una mujer blanca le pidiera un favor sexual? Hubiera provocado su ira y tal vez su deseo de venganza si hubiera rehusado su propuesta y habría firmado su propia sentencia de muerte si hubiera cedido a ella. De hecho, Tom Robinson estaba atrapado. En su situación, cualquier opción disponible en relación a una joven blanca podría abrir un camino a la tragedia. Cualquier cosa que hicieran los varones descendientes de esclavos en tal situación podría contribuir a abrir el abismo al borde del cual vivían.

5. Efectivamente, trampas sociales y coacciones sociales pueden merecer un estudio más completo y detallado de los que se han hecho hasta ahora. El conocimiento de la sociedad humana no ha llegado al punto donde pueda verse claramente que los problemas de libertad y los problemas de poder están estrechamente relacionados. Tampoco se ha aceptado —lo que claramente demostré hace dos generaciones— que el trabajo de los sociólogos es inútil si sus hallazgos no son claramente relacionados a etapas específicas en el desarrollo social de la organización del poder físico. La comparación entre las relaciones establecido-marginado de Winston Parva y Maycomb difícilmente puede ser entendida sin referencia al hecho de que las dos comunidades son características de dos diferentes etapas en el desarrollo del Estado nacional y más particularmente de la organización de la violencia física.

El equilibrio de poder entre negros y blancos en los Estados Unidos ha cambiado notablemente a partir de la primera mitad del siglo XX. En aquel tiempo los negros aún estaban expuestos en muchas partes de los

Estados Unidos a la amenaza, más o menos organizada, o al uso de violencias de parte de los blancos, sin derecho a reparación en alguna institución legal de justicia. Es un hecho que los Estados Unidos de América era, y todavía es hasta cierto grado, un Estado con ciertas características únicas que lo diferencian de la mayoría de los estados europeos como un estado *sui generis*. Los países europeos, con una o dos excepciones, pasaron por una fase en la cual el monopolio de la violencia física estaba firmemente centralizado. En los Estados Unidos, una mayoría de los hombres blancos se dispersaron por todo el país, participaron sin una organización claramente determinada en cualquier cosa que emergiera, en el curso del tiempo, como el monopolio estatal de la fuerza física. Es una singular estructura estatal vinculada a una estructura de personalidad igualmente singular que amerita atención sociológica muy a pesar de lo que uno considere como un Estado normal o una personalidad normal. Requiere atención porque cualquiera que sea el problema comparativo específico que uno investigue, el particular desarrollo estatal de los Estados Unidos se hace sentir en cualquier aspecto del desarrollo de los Estados Unidos que uno pudiera desear explorar.

Pero uno puede no ver inmediatamente la interconexión entre el particular desarrollo del monopolio de la fuerza física en los Estados Unidos y lo que se presenta con frecuencia como “el problema racial”; mientras que este realmente es una parte integral de la peculiaridad del desarrollo americano del monopolio del poder físico.

El modelo de relación entre grupos establecidos y marginados de Winston Parva es asombrosamente carente del uso de violencia física. Comparado con el modelo de Maycomb representa una etapa diferente en el desarrollo de la organización y regulación de la violencia. Los ciudadanos de Winston Parva vivían en una sociedad en la cual el monopolio de la violencia física por el Estado estaba firmemente establecido y era

efectivamente mantenido. La condición de su sociedad implicaba un modo impersonal de relaciones con el Estado, y por tanto un modo impersonal de resolver los conflictos. El modelo Winston Parva se refiere a una etapa de desarrollo de la estructura institucional de violencia en la cual la monopolización del uso de la violencia como medio de resolver conflictos —o, en otras palabras, el desarrollo del estado nacional— ha alcanzado una fase comparativamente elevada, de todos modos, mucho más elevada que la representada por el modelo de Maycomb.

Los ciudadanos no podrían tomarse la justicia por sus propias manos —es decir, el uso de la fuerza física— sin el riesgo de castigo. En Maycomb todos los miembros del establecimiento, todos hombres blancos, tenían acceso a las armas de fuego. Su estilo de vida requería familiaridad con los medios de lucha física. Los marginados negros rara vez tenían acceso a las armas de fuego independientemente de sus amos, y los hábitos de lucha física entre ellos, (excepto tal vez en tiempos de guerra) eran más estrictamente controlados. En el caso de Winston Parva, el control estatal que regulaba el uso de los medios de violencia física entre los grupos establecidos no era notablemente diferente de aquel que regulaba el uso de la fuerza por parte de quienes, en relación a ellos, eran marginados. En consecuencia, la distancia social entre los grupos de establecidos y marginados era mucho mayor en el caso de Maycomb que en el de Winston Parva.

La comunicación, la transferencia de conocimiento, bien de grupo a grupo, o de una persona a otra persona, y correspondientemente toda negativa de transferencia de conocimiento, no afecta los aspectos cognitivos de las relaciones humanas sin afectar al mismo tiempo sus relaciones de poder.

Se puede suponer que en el caso de Winston Parva la ley representa simbólicamente un padre imparcial que distribuye nominalmente castigos iguales a individuos simbólicamente representados como iguales en posición y poder, aunque en realidad sus fuentes de poder puedan diferir considerablemente. En el caso de Maycomb no hay en acción una igualdad simbólica de los individuos. Los miembros de diferentes grupos sociales son percibidos y tratados como tales. Lo que puede no ser un crimen cuando es cometido por un miembro de un grupo puede ser un pecado imperdonable cuando es cometido por un miembro del otro. Si los representantes del Estado se encargan de mantener la buena costumbre y buen orden tradicionales, y luego dejan de castigar a aquellos que actúan contra la tradición, alguien tiene que jugarles una mala pasada, y encargarse de castigar a quienes actúan en contra de la tradición. Asesinar un negro era algo de poca importancia. Uno puede preguntarse por qué, en ese momento, asesinar a otro ser humano era de poca importancia para la población blanca. La respuesta es que aquella gente blanca no consideraba a los negros como seres humanos, en el mismo sentido en que ellos se consideraban humanos.

En los estados esclavistas de América el monopolio de la fuerza física por los blancos y el monopolio blanco de los favores de mujeres blancas eran ingredientes indispensables de la autoestima de los hombres blancos. La posesión de un arma de fuego y la posesión de una mujer blanca eran atributos indispensables del orgullo de un hombre blanco. Una infracción de cualquiera de estos implicaba el debilitamiento de la autoestima de una persona en una sociedad en la cual el rango social de una persona o una familia tenían un alto significado social. Una pérdida en cualquiera de estos campos era equivalente a una sensible disminución de autoestima. Tal era la razón por la que la mayoría de los hombres blancos consideraban como indispensable matar a un hombre negro a la



más leve sospecha de aproximación sexual a una mujer blanca, aun cuando se tratara de un simple rumor. Esta suposición era ya una gran injuria a la autoestima del hombre blanco. Esta es la razón por la cual el grupo establecido no dejaría de atacar a un hombre como Tom Robinson; su orgullo herido no descansaría hasta verlo muerto. Con frecuencia denominamos a este tipo de comportamiento “irracional”. Las raíces existenciales de las exigencias políticas y sociales de segregación social o el *apartheid* pueden aclararse si se examinan en el marco de una relación establecido-marginado.

Uno de los pocos que permaneció firme en su convicción de la inocencia de Robinson fue Atticus Finch. Él conocía su valor, no sufría de incertidumbre respecto de su propio valor. Es muy típico que una persona ubicada en un nivel alto de la escala de la comunidad social fuera una de las pocas no presionadas por la necesidad de matar a quien sentía como su rival negro y por consiguiente una amenaza a su autoestima. Atticus, quien alguna vez había sido un excelente tirador, no había tocado un arma de fuego durante mucho tiempo. En su segura posición, los símbolos de superioridad social —de los cuales los miembros de su grupo de menor rango obtenían tanto de su autoautoestima— eran menos importantes. Esto hacía más fácil para él tener empatía con los marginados, identificarse con otras personas y entender sus motivos.

Las generaciones posteriores pueden inclinarse a reprochar a las anteriores su falta de perspicacia, y así es como alguien puede en realidad ver la fase anterior, pero la exigencia de perspicacia en aquella situación es anacrónica. Dicha fase de Maycomb no genera esta capacidad mental para comprender algo profundamente. Esta produce la exigencia de actuar perspicazmente solo en casos excepcionales. Atticus Finch es un representante de esta excepcional minoría que no juzgan la acción como tal, sino los motivos de la acción y otros aspectos de

ella, que están fuera del alcance mental de los genuinos representantes de la fase de Maycomb. No se puede dar por sentada la capacidad para verse a sí mismo y a otros con mayor objetividad, como participantes en constelaciones o figuraciones sociales de mayor tamaño. Aparentemente, el desarrollo de esta capacidad para comprender algo profundamente se relaciona con fases específicas en el desarrollo social de la organización de la violencia física.

6. Las relaciones establecido-marginado son una figuración con regularidades y divergencias recurrentes. Los ejemplos aquí presentados bastan para demostrar las dos cosas. La esencia, como lo he dicho anteriormente, siempre es una exclusión de un grupo de las posibilidades de adquirir poder y estatus por otro grupo, capaz de monopolizar el acceso a estas oportunidades. El grado de exclusión puede variar; puede ser total o parcial. De esta manera, la exclusión de las mujeres de los cargos oficiales gubernamentales, así como también de otros oficios y ocupaciones, solía ser total. Ahora se ha vuelto parcial y además está disminuyendo levemente.

Podemos encontrar ejemplos interesantes de relaciones establecidos-marginados en los actuales Estados de partidos; algunos combinan el liderazgo de partido y gobierno, y otros en principio mantienen separadas las funciones de partido y las funciones gubernamentales. Los miembros del Parlamento pueden ser marginados en relación a los miembros del gobierno; los miembros un partido marginados en relación con miembros del parlamento y miembros del gobierno; votantes ordinarios, registrados como miembros de un partido, pueden ser marginados en relación a los *caucus* del partido, marginados, por supuesto en relación a toda la organización del partido al más alto nivel, y simples votantes, no miembros de un

partido, pueden nuevamente ser considerados marginados en relación con todo el partido y las organizaciones gubernamentales al más alto nivel. En conjunto, las organizaciones políticas ofrecen una gran variedad de relaciones establecidos-marginados. En cada uno de estos casos la gente que hace parte de un establecimiento en relación al grupo de marginados, a quienes excluyen de información y decisiones, pueden ser ellos mismos marginados en relación a establecimientos de más alto nivel. Todos ellos, por tanto, niegan información a quienes excluyen. Y, en un sentido u otro, la información denegada sirve a quienes la retienen como fuente de superioridad, como medio de mayor estatus y poder. La capacidad requerida para obtener conocimiento se clasifica entre estas fuentes.

De acuerdo a una tradición de vieja data, el conocimiento, incluyendo el de cómo adquirirlo, es considerado como un instrumento cognitivo. Se ha prestado menor atención al conocimiento como un instrumento de poder. Y sin embargo, estos dos aspectos del conocimiento pueden difícilmente separarse. La comunicación, la transferencia de conocimiento, bien de grupo a grupo, o de una persona a otra persona, y correspondientemente toda negativa de transferencia de conocimiento, no afecta los aspectos cognitivos de las relaciones humanas sin afectar al mismo tiempo sus relaciones de poder.

Uno de los aspectos reiterados del desarrollo de la sociología es el punto hasta el cual la función del conocimiento sociológico, en tanto que representa una constelación de poder específica, incluye sus funciones cognitivas. Una y otra vez, el principal foco de interés de una investigación innovadora es su contribución a las ideologías políticas actuales, antes que a la extensión y profundidad del conocimiento acerca de la sociedad humana, y por tanto, acerca de los seres humanos. Así, en este caso también, con toda seguridad uno podría sentirse inclinado a concentrar el interés en las relaciones de los establecidos-marginados primordialmente

en los aspectos ideológicos de estas pesquisas y menos (o tal vez no en absoluto) en los avances cognitivos alcanzados por esta investigación.

Tal vez para ilustrar la ganancia que encuentro en investigaciones de este tipo, podemos dirigir nuevamente nuestra atención hacia un aspecto de la investigación que he mencionado anteriormente, pero tal vez no con la suficiente profundidad que merece. Al final me gustaría volver una vez más a la pregunta de por qué la necesidad de elevarse uno mismo por encima de sus congéneres, y por tanto la necesidad de encontrar alguna razón para despreciar a otros seres humanos es tan generalizada y arraigada, que es difícil encontrar una sola sociedad, entre los muchos grupos humanos que se han establecido sobre la Tierra, que no haya encontrado tradicionalmente la oportunidad de usar a otra sociedad como una sociedad marginada, como una especie de cabeza de turco para ocultar sus propios defectos. Por ejemplo, los holandeses pueden habitualmente despreciar a los belgas, los ingleses a los holandeses: los ejemplos son infinitos. La ubicuidad de esta clase de relación llama la atención sobre un aspecto de la estructura de la personalidad

Me gustaría volver una vez más a la pregunta de por qué la necesidad de elevarse uno mismo por encima de sus congéneres, y por tanto la necesidad de encontrar alguna razón para despreciar a otros seres humanos es tan generalizada y arraigada, que es difícil encontrar una sola sociedad [...] que no haya encontrado tradicionalmente la oportunidad de usar a otra sociedad como una sociedad marginada [...] para ocultar sus propios defectos.

humana para la cual no se ha encontrado todavía un símbolo conceptual apropiado en el tipo tradicional de categorización. Tal vez podemos hablar de una necesidad humana nunca satisfecha de exaltación de su autoestima, para añadir al valor de mercado de su propia persona o grupo.

Ya he llamado la atención al hecho de que la búsqueda de diferencias en la estructura de las diferentes sociedades no puede limitarse a las características económicas por cuanto que las diferencias en la organización y el desarrollo de las instituciones de poder físico también juegan un papel en ello. También lo tiene el desarrollo de las relaciones de valor propio. Ellas tienen una importancia particular en este contexto. El núcleo duro alrededor del cual se construye la autoestima de una persona varía considerablemente de persona a persona, pero también de sociedad a sociedad. Hay sociedades en las que la esencia del orgullo de un varón se construye sobre su potencial como guerrero y amante, o sobre su habilidad como pastor. En otras, el vínculo de una persona con el mundo espiritual juega un papel importante o central en su auto-estima. Ser un aliado de los dioses puede también confirmar la autoestima de una persona, y por tanto reforzar considerablemente su respeto por sí misma. Fuertes discrepancias entre lo proyectado y la realidad pueden disminuir o tal vez quebrar la autoestima. El orgullo de las mujeres puede basarse en sus profecías o en la fortaleza de los hijos varones que ha procreado. Cualquiera sea el caso, las personas son siempre valiosas para sí mismas y para los demás.

En otras palabras, el curso real de los eventos recibe su significado y significación de su función como acrecentamiento o disminución dentro de un esquema preexistente de autovaloración. El término "valor" se usa hoy en día como si fuese algo que las personas encontrarán flotando libremente en el aire. También ganar en valor, según una creencia muy difundida, solo es posible a costa de la pérdida de valor de otra persona o

de otro grupo. No está aún muy difundido el reconocimiento de que la ganancia de valor de un grupo puede lograrse sin la pérdida de valor del otro grupo. Sin embargo, hay muchos tipos de cosecha que representan una ganancia sin pérdida.

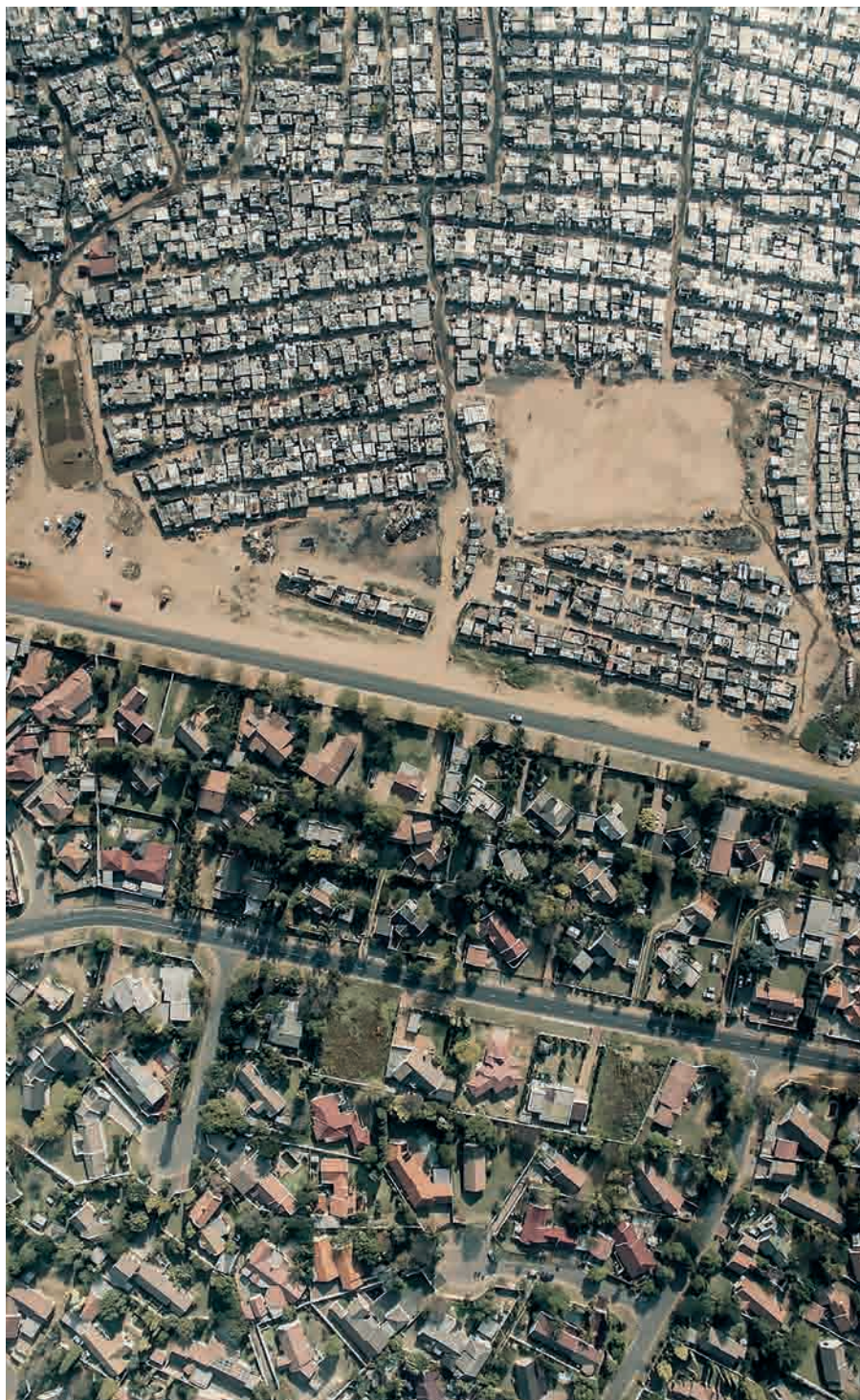
Hay otros ejemplos que muestran que el carácter insoluble de un problema puede deberse a la imprecisión de su presentación más que a la imposibilidad genuina de resolver el problema. He llamado la atención al hecho de que matar un hombre negro sospechoso de un crimen sexual contra una mujer blanca se relacionaba estrechamente con la pérdida de valor experimentada por los hombres blancos, si eran incapaces de vengar el crimen, real o imaginado, asesinando a la persona que consideraban responsable del hecho. El examen de la ganancia, o la pérdida de valor relacionada con los cambios en las relaciones establecidos-marginados, nos puede aproximar al meollo del problema.

He preguntado por el porqué de la necesidad de las relaciones establecidos-marginados, y por tanto de la necesidad de autorrealizarse y a la vez despremiar a miembros de otros grupos, es tan generalizada que es difícil imaginar una sociedad humana que no haya desarrollado una técnica de estigmatización en relación a un grupo parcial semejante al encontrado en Winston Parva. Por último, estas técnicas pueden tener un valor de sobrevivencia. La autoponderación colectiva puede fortalecer la integración de un grupo, y de esta manera mejorar sus posibilidades de sobrevivencia. Los grupos humanos tienden a temerse unos a otros, con mucha frecuencia sin poder expresar y explicar sus temores. Se ven unos a otros debilitarse o fortalecerse más que ellos mismos. Pueden tratar de evitar que un grupo vecino obtenga mayor potencial de poder que su propio grupo. Cualquiera sea la forma que estas rivalidades puedan tomar, no son resultados accidentales sino una característica estructural intrínseca de constelaciones multi-grupales. Vistas simplemente como

figuraciones, son extremadamente variables. Una propiedad recurrente de esta figuración multigrupal es la reciprocidad de la propensión causante de temor de los subgrupos. Con frecuencia, la leyenda de que uno de ellos introdujo el temor en el mundo está profundamente arraigada en las costumbres de cada ovillo de subgrupos más o menos interdependientes. Es usualmente uno de los otros.

Se olvida fácilmente que las constelaciones causantes de temor se caracterizan por carecer de principio y de reciprocidad. Una vez más podemos ver la función que la búsqueda de principio tiene en una discusión de conflictos. La búsqueda de principios le permite a uno descubrir a quien culpar, quien comenzó todo. En realidad, los comienzos específicos de conflictos son escasos. Los encontramos con bastante regularidad en encuentros entre un evento en movimiento y uno en reposo. Yo tomo un pañuelo limpio y lo empiezo a usar. Esto puede ser considerado un verdadero principio. Pero si dos o más movimientos chocan más o menos violentamente, es prácticamente imposible determinar el principio. La denominación “principio” es más dudosa. El principio de una revolución, por ejemplo, es el resultado de una prolongada constelación antecedente de conflictos. Si el proceso de un conflicto estalla en violencia, podemos hablar del “principio” de una revolución. Pero la expresión “principio” es engañosa. Es un ejemplo de una reducción de procesos a condiciones inmóviles.

Un problema relacionado con esto es aquel que encuentra su expresión en la frecuencia con la cual la mayoría de las sociedades estigmatizan otros grupos específicos como grupos de bajo nivel y bajo valor. Una escala muy amplia de estereotipos sirve a este propósito. Tradicionalmente, el concepto de “prejuicio” se usa como un símbolo unificador de desprecio grupal en palabra y en acción. Pero por lo regular, la naturaleza del prejuicio, la razón por la cual un grupo esta-



El ejemplo de las competencias deportivas indica, con firmeza, que el éxito, así como la buena suerte, juega un papel en la búsqueda de la satisfacción de la gente, como individuos o como grupos.

blecido relaciona a un grupo marginado con una categoría más baja y propiedades de menor valor, sigue sin ser explicada. En algunos casos, además, encontramos no solamente dos sino tres o más fases de estigmatización de grupo sobreimpuestas, el grupo A representando a los ojos de sus propios miembros un estatus y valor más alto que el grupo B, que a su vez representa en la opinión de sus miembros una clase superior de humanidad que el grupo C. El rango de expresiones y acciones discriminatorias es muy amplio. Este va desde las expresiones comparativamente suaves de desprecio, tales como las usadas por los ingleses en relación con casi cualquier otra nación sobre la Tierra, a expresiones y acciones que niegan al grupo marginado características humanas y los clasifican (si no explícitamente, al menos de modo implícito) como animales. En muchos casos, se puede atribuir al grupo marginado un olor ofensivo; la cercanía corporal puede experimentar-se como desagradable, y el contacto corporal (aunque de manera accidental) como ofensivo y sucio.

Hay mucho que decir sobre estas razones. Aquí, debe ser suficiente mencionar dos puntos que, puede pensarse, merecen más examen y escrutinio. Uno tiene que ver con el carácter peculiar del orgullo del grupo humano. Este se relaciona estrechamente con el orgullo personal de la gente. Puede decirse generalmente que una pizca de ambos, el orgullo personal y grupal, es un elemento integral de la vida de una persona. Su fundamento puede variar. Siempre recuerdo al aseo cuya tarea era limpiar el polvo que se acumulaba en una gran fábrica. Tuve una breve conversación con él acerca de su profesión y recuerdo el orgullo con que él me mostraba la mejor manera de cepillar el polvo y luego removerlo. El orgullo social puede relacionarse, aunque no necesariamente, con el nivel o la función social de una persona. Puede estar fundado en una gran variedad de propiedades o logros de las personas. Puede fácilmente ser tomado de

manera errónea como una propiedad invariable de las personas. De hecho, el orgullo es variable y extremadamente vulnerable, es frágil, y al menos uno de los factores que explican la ubicuidad de la discriminación entre los seres humanos. Esto podemos verlo más claramente si ascendemos a un más alto nivel de integración. Si esto se hace, el orgullo se hace reconocible como una forma positiva de autoevaluación de las personas como individuos o como grupos. Esto —el valor que uno asigna a sí mismo como grupo o como persona individual— es sin embargo uno de los ingredientes más fundamentales de la existencia de un ser humano. Este juega un papel crucial en los incesantes intentos de los grupos humanos, tales como tribus o estados nacionales, de preservar o alcanzar una alta posición dentro de la jerarquía de grupos de su propia clase, una posición superior que los competidores potenciales. Es esta necesidad de confirmar o enaltecer el valor propio como un grupo humano, entre otros, que encuentra expresión en el continuo intento de enfatizar en acciones, tanto como en palabras, los méritos del grupo propio y los deméritos de los otros.

El papel del enaltecimiento o degradación del valor propio de uno como parte de un grupo, en la relación de las personas, no ha tenido la atención que se merece. La investigación más avanzada y extensa se encuentra, bajo el nombre de “narcisismo”, en el trabajo de Sigmund Freud. Como se podría esperar, lo que Freud tiene que decir sobre este asunto es innovador e iluminador, pero está concentrado en la persona individual. Freud separó la identidad individual y grupal de una persona. Generalmente, la última quedó por fuera de su horizonte. Por tanto, el acceso al problema del amor propio de las personas y del grupo, por ejemplo, en la forma de nacionalismo, que su trabajo ofrece permaneció inexplorado. Lo mismo ocurrió con lo que podríamos llamar los aspectos positivos de la autoevaluación. Comparado con el habitual término “egoísmo”, el narcisismo

de Freud ya representaba un paso hacia una mayor neutralización. La *autoevaluación* va un paso más allá en esa dirección. Ella incluye el autodesprecio así como el amor propio, el autorrealce, así como la autodenigración. Deja un margen para gusto o disgusto de sí mismo. La mayoría de la gente tiene una mezcla específica de ambos. Efectivamente, si por mala fortuna o por mal manejo de sí mismo se ha perdido el amor propio, o la autoestima, puede perderse el interés por la vida.

La fuerza de esta función de realce de la autoestima se muestra, en, entre otras cosas, la ubicuidad de la tendencia a realzar el valor del propio grupo, a costa de otros grupos. La gente de Winston Parva obtuvo un notable aumento de su autoestima de su exclusión despectiva de los marginados. Tal vez ellos necesitaban este realce de su propio valor. Si uno investiga una lista larga de discriminación de marginados entre diferentes pueblos, pronto se da cuenta de los rasgos recurrentes, la materia prima de una hipótesis.

Los grupos de establecidos en relación a los marginados muestran diferencias significativas de tolerancia e intolerancia. Sin duda, muchos factores operan juntos en la producción de estas diferencias, pero se puede decir que los grupos razonablemente seguros de su propio valor, grupos con una autoestima relativamente estable, tienden a ser comparativamente tolerantes y moderados en su relación con los marginados, mientras que aquellos sectores de un grupo de establecidos cuyos miembros son más inseguros, más inseguros de su propio valor y posición como grupo, tienden a ser más hostiles en su estigmatización de grupos marginados, más implacables en sus esfuerzos de preservar su *statu quo* y de no permitir la reducción de las barreras establecidas entre establecidos y marginados, y mucho menos su desaparición. En general, estas secciones de grupos establecidos tienen más que temer del ascenso de los grupos de marginados. Maycomb puede servir como ejemplo.

Como he indicado anteriormente, el temor mutuo, intrínseco a la situación de grupos humanos, es una de las causas principales de las hostilidades de grupo, en el caso de los grupos de establecidos y marginados, como en muchos otros grupos. Si uno se pregunta el por qué esos conflictos internos permean el tejido de la sociedad humana, la respuesta radica en este temor que todos los grupos humanos son propensos a inducir el uno al otro. Puede ser temor a la esclavitud total, a la explotación, al robo, a la destrucción física. No carece de importancia recordar que podemos esperar que prevalezca una mayor igualdad entre las sociedades humanas, solo si somos capaces de reducir el nivel de temor que los humanos se causan entre sí, no menos individualmente que entre grupos.

Sin duda, se podría hacer mucho para ofrecer posibilidades de satisfacción a las necesidades humanas de este tipo. El desarrollo de las competencias deportivas en el siglo XX puede señalar la dirección en la cual debemos buscar la satisfacción de necesidades de este tipo, satisfacción duradera, no transitoria.

El ejemplo de las competencias deportivas indica, con firmeza, que el éxito, así como la buena suerte, juega un papel en la búsqueda de la satisfacción de la gente, como individuos o como grupos. Por el momento, solo podemos adivinar que muchos aspectos de la vida humana permanecen aún ocultos a los humanos o no son usados por ellos en sus esfuerzos. Vivimos con una herencia de relativismo que hace parecer que la lucha por los avances en la ampliación del conocimiento no justifica el esfuerzo requerido para lograrlos. Aún se desconoce mucho acerca de los humanos, que bien vale la pena el esfuerzo que tenemos que hacer para conocerlos. El cierre prematuro de las fronteras de la curiosidad científica ha contribuido mucho a la pérdida de toda curiosidad humana y a establecer límites a la búsqueda del conocimiento, particularmente en el campo de las ciencias humanas, antes que sea cosechado su fruto. *